

LÁZARO LORENTE, Luis Miguel, *La nueva Atenas del Mediterráneo. Vicente Blasco Ibáñez, cultura y educación popular en Valencia (1890-1931)*

Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2021, 635 pp.

Pere Solà i Gussinyer

Universitat Autònoma de Barcelona
pere.sola@uab.cat

Cómo citar esta reseña: SOLÀ I GUSSINYER, Pere (2022). Lázaro Lorente, Luis Miguel, *La nueva Atenas del Mediterráneo. Vicente Blasco Ibáñez, cultura y educación popular en Valencia (1890-1931)*. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (25), pp. 420-424, <https://doi.org/10.14198/PASADO2022.25.22>

Durante las primeras décadas del siglo XX la ciudad de Valencia se convirtió en un centro de producción editorial popular de izquierdas de alcance peninsular e internacional. Así lo refiere el profesor de la Universidad de Valencia Luis Miguel Lázaro Lorente, quien, en su libro erudito e informadísimo sobre la cultura popular y la educación valencianas republicanas y «progresistas» entre 1890 y 1931, nos ofrece ahora el riquísimo fruto de «*un viaje personal de muchos años*» por archivos y bibliotecas.

Especializado en historia de la educación popular y en educación comparada, Luis Miguel Lázaro, aparte de su dilatada actuación académica, es autor de un montón de libros y artículos sobre la enseñanza laica y racionalista en el País Valenciano y en España y ha participado en diversas obras colectivas sobre la historia cultural y educativa de Valencia.

Con Blasco y el blasquismo como trasfondo, el libro presenta el ideal de la escuela laica como la auténtica alternativa social y pedagógica en una situación de crisis colectiva. Muestra el papel de la Masonería y del Librepensamiento



de finales del siglo XIX y principios del siglo XX como factores del poderoso revulsivo republicano y anarquista del período. Y pone nombre al proyecto político del republicanismo valenciano: Blasco Ibáñez, Faustino Valentín, Juan Bort, Ricard Samper Ibáñez, etc., al tiempo que radiografía los intentos de las sociedades y casinos laicos y republicanos no sólo de Valencia ciudad, sino también de su «hinterland», Sagunto, Carlet, Sueca, Alzira, etc.

Repasa de forma amplia el cometido de las diversas escuelas laicas de la ciudad de Valencia, de Xàtiva y Bunyol, de Algímia, Algar, Xest, Sagunt y Benaguasil, Carlet y Alcúdia de Carles, Tabernes de Valldigna, Silla, Benifaió, Catarroja, Sueca, Alzira y Cullera... Y se refiere al «fracasado esfuerzo» por organizar la corriente de maestros laicos (p. 279 y ss.) y la falta de reconocimiento final de este movimiento escolar laicista republicano.

Más adelante se centra en los proyectos de educación de adultos y, sobre todo, en lo que supuso la Universidad Popular de Valencia desde 1903 hasta 1928. Dedicar unas páginas a las insuperables desconfianzas y recelos del mundo obrero de la época hacia la figura del intelectual burgués. Y ya en el capítulo 5 se explaya sobre la lectura popular en el estado español y, en concreto, se refiere a la Biblioteca Popular de la Casa del Pueblo de Valencia y a los hábitos lectores de sus beneficiarios (pp. 387-465).

Finalmente, el capítulo 6, ya en la recta final de la obra, tiene por objeto la prensa y el libro como instrumentos de educación popular. Aquí son enumerados, muy prolijamente, los logros de F. Sempere y Cía., Editores desde 1901 (pp. 474-478) y de la Editorial Prometeo, desde 1914 (pp. 517-524), así como de *La Novela Ilustrada*, empresa editorial desde Madrid, desde 1905-1906, otra iniciativa editorial de Blasco Ibáñez (pp. 498, 503). En definitiva, Lázaro muestra cómo Blasco «democratiza» la cultura «avanzada» del período, favoreciendo la transferencia cultural de las élites burguesas a las élites obreras y a las «clases populares» (p. 556).

En el estudio, la descripción de publicaciones y traducciones de autores de todo el espectro heterodoxo y de izquierdas europeo es exhaustiva. Uno –a pesar de quedar deslumbrado por la riqueza y variedad de autores y de temas– echa en falta una especie de categorización de las obras publicadas de grandes autores, a veces de doctrinas sociales opuestas. Uno se pregunta si toda esta producción, generalmente barata y con traducciones a menudo no directas y de una calidad más que discutible, era digerida como objeto de debate y era sometida a crítica en los medios «populares». En cualquier caso, resulta sumamente valiosa la investigación de Lázaro sobre lectura obrera y bibliotecas populares en el área valenciana, fruto de cuidadoso y paciente recorrido por

los fondos de la Biblioteca Popular de la Casa del Pueblo (pp. 437-439), que en 1909 contaba con seis mil volúmenes.

En este sentido, las páginas dedicadas a los hábitos de lectura en el mundo obrero, no sólo valenciano (véase, p. 450, las apreciaciones del maestro Martí i Alpera sobre el uso escaso de la Biblioteca del *Ateneo de Cartagena*), y la política de la administración municipal valenciana respecto a la lectura (p. 446 y ss.) no tienen pérdida.

Lázaro nos recuerda que, en Valencia y alrededores, en 1900 un 48 % de los hombres y un 64 % de las mujeres no sabían leer. La circunstancia lingüística de las comarcas valencianas de hace un siglo (y del presente, salvando todas las distancias) era la de una sociedad bilingüe. Una sociedad que no consiguió entonces, a diferencia de ahora, convertir la lengua propia minorizada en una auténtica lengua de cultura, según Teodor Llorente (1888), para quien los valencianos no lograban escribir novelas en su idioma, «*pero tampoco en castellano las escribimos como lo exige hoy el arte de novelar*» (p. 474). Don Vicente no tardó en desmentirle.

Nadie ignora que Blasco Ibáñez protagonizó una línea de acción cultural bien determinada respecto al valencianismo emergente. En un momento inicial tuvo buenas relaciones con el entorno de *la Renaixença*, amigo como era de Constantí Llombart, pero, entre 1892 y 1898, no paró de atacar el talante conservador «*ratpenatista*» y concretamente la persona de Teodor Llorente. Era obvio que su brioso proyecto cultural y político republicano había abrazado el marco estatal. En este final de siglo XIX él encabezó victoriosamente la lucha contra el caciquismo electoral en Valencia mediante el diario *El Pueblo*. A nuestro Vicente Blasco Ibáñez le complacía presentar Valencia como la Nueva Atenas del Mediterráneo, un foco de modernización de cariz «progresista» en los terrenos político, cultural y educativo, «aggiornamento» que apostaba por el «triumfo de la razón».

Su empeño se inscribe en los esfuerzos numerosos y a menudo descoordinados del republicanismo español de la Restauración. Ya en 1900 el político, novelista y editor proponía la creación de una verdadera Biblioteca Popular en Valencia. Tres años después puso en marcha una pionera Universidad Popular. Durante décadas hasta su muerte se dedicó al negocio editorial. El libro nos introduce en un mundo marcado por las buenas intenciones y los personalismos del republicanismo valenciano, con el conflicto que, desde 1903, enfrenta a Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano y sus bandas respectivas de matones y adeptos, con el incidente a tiros del Café Español de Valencia (359 y ss., 499).

Lázaro nos acerca a un Blasco Ibáñez muy estrechamente ligado a iniciativas de educación popular, que recordaba a sus adeptos la trascendencia de

la educación laica frente a los casinos, y que fue promotor de significativos proyectos editoriales (de los que, por otra parte, vivió hasta su muerte en 1928). Ahora bien, uno se pregunta si lo de Blasco fue realmente un proyecto educativo articulado y coherente. Resulta curioso que, tratándose de un libro que incluye en su título el nombre de Blasco Ibáñez, los elementos biográficos directos sean relativamente escasos. Uno se queda con ganas de saber, aparte de sus eternos problemas de dinero, qué pensaba Blasco de filosofía, de literatura, de arte o de música. Y sobre todo de pedagogía. En algún momento, hay una inmersión pasajera en cuestiones biográficas importantes, como, por ejemplo, cuando nuestro novelista se desvincula del diario *El Pueblo*, que tiene a Félix Azzati, a partir de ese momento, como nuevo propietario. El propio Azzati también lo releva como jefe de *Unión Republicana*. Es también el momento en que el matrimonio con María Blasco «*entra en crisis y conoce al que será su nuevo amor y compañera hasta su muerte, la chilena Elena Ortúzar Bulnes*» (p. 499).

Personalidad explosiva, el mismo Blasco se sincera por aquella época ante Zamacois definiéndose sin embudos: «*yo soy un macho, un gozador, no un sentimental... Yo opino que la mujer es una de las muchas cosas legítimamente codiciables y dignas de conquistas que hay bajo el sol...*» (nota 1591, p. 500). Lázaro incide en una característica psicológica de las aventuras editoriales de Vicente Blasco Ibáñez, quien

«*entra con inusitada fuerza y entrega a elles, y las abandona más o menos discretamente para emprender otras nuevas que calmen su probada capacidad de interesarse por la vida, su incesante inquietud y necesidad de afrontar renovados desafíos*» (p. 506).

En definitiva, estima Lázaro, el proyecto de Blasco fue ignorado, cuestionado y despreciado «*por la izquierda nacionalista que le responsabiliza de la tardía concreción en el país de un movimiento político progresista nacionalista*», pero también vituperado por una izquierda obrerista que endosó al blasquismo el muerto de haber imposibilitado «*por muchos años (...) un partido fuerte, fiel intérprete de las auténticas necesidades de la clase trabajadora*» (p. 16).

Como conclusión insistir en la impagable aportación erudita de Lázaro a la producción editorial y al esfuerzo escolar y de extensión cultural laicista valenciana de las primeras décadas, en una prospección dilatada en torno a la producción editorial de Blasco Ibáñez como hilo conductor.

Queda por debatir, por un lado, si una «cultura popular» cosmopolita, que pasa por alto la lengua propia, no nace alicaída de entrada.

Y, por otro lado, si el proyecto de «cultura y educación populares en Valencia (1890-1931)», que con tan científica precisión describe el profesor

Lázaro Lorente, no constituyó, en definitiva, más un proyecto de educación y cultura para las clases populares, que un proyecto de educación y cultura de las clases populares.

El eterno problema de la autonomía cultural de las clases subalternas.